

des corporaciones. «Es una cuestión discutible si es posible mantener el profesionalismo bajo estas condiciones». Otra muy importante es la cuestión del profesionalismo individual y de las asociaciones profesionales. «Hay dos clases de profesiones: personal y asociativa». Otro: las asociaciones profesionales, ¿protegen a sus miembros o al público? De todo ello resulta, como sumario y proyecto del trabajo, que la definición de una profesión sólo puede hacerse en un contexto lexicológico e histórico y deben proveer de ideal y desarrollar las líneas de conducta y actividad propias.—E. G. A.

CURTI (M.): *Intellectuals and other people*, en «The American Historical Review», vol. LX, núm. 2, enero 1955, págs. 259-282.

El autor se plantea el problema de la vigencia social de los intelectuales en América, partiendo de la afirmación que «los americanos tienen fe en lo racional, pero a la par tienden a sospechar de la vida de la razón». La desconfianza frente a los intelectuales se basa en varias causas: en primer lugar, la oposición entre razón y fe; pero dado el proceso de secularización de la vida americana, ya no es una fuente de antiintelectualismo. Mucho más importante es el sentido práctico del americano, particularmente desarrollado en las regiones del Oeste, llamadas fronterizas. Estos americanos son los herederos del sentido utilitario de la clase media inglesa del tiempo de Isabel. El ideal de ellos es el «self-made man», el hombre de acción. Un resto de este desprecio por el intelectual siempre inquisitivo, dubitante y crítico es la creencia de que la cultura es un asunto de mujeres. El hombre de negocios influye así en la desestimación del intelectual. Pero no sólo ello: también en la estimación de la «cierta» labor intelectual. Morris Cohen ha hecho la acertada observación de que lo mismo que en el mundo americano de los negocios tiene más valor el promotor y el comerciante que el productor, en el de la inteligencia se estima, sobre todo, el popularizador y «administrador». En todo caso, el intelectual ocupa en América un puesto menos importante que en Europa. En ello no ha dejado de influir, por últi-

mo, su misma constitución política. Se pudo pensar que en un ambiente democrático y liberal el intelectual alcanzaría un gran relieve. Pero democracia es igualdad. La inteligencia pertenece por igual a todos los hombres: la mayoría es el criterio de la verdad. El pueblo es la fuente de toda verdad. Se desconfía del que se aparta de él. No se tiene fe en las ideas de «un» hombre. Los intelectuales son acusados, además, de no interesarse en las luchas del hombre vulgar por una más alta justicia social. Lo cual no siempre es cierto.

Correspondiendo a esta actitud del pueblo respecto a los intelectuales, está la de los intelectuales respecto a ciertos grupos de la sociedad americana. A poco de terminar la primera guerra mundial, ciertos psicólogos anunciaron que la edad media del americano era trece años. Esto se ha corregido con investigaciones posteriores más cuidadosas. Pero otra circunstancia ha venido a agravar la cuestión. Últimamente los intelectuales no sólo dudan de la capacidad de pensar del vulgo, sino de la suya propia. Es de los mismos intelectuales de donde nace una amplia literatura «anti-intelectual». Naturalmente, aquí la voz «anti» tiene un sentido distinto: se trata de fijar los límites de la razón, más que de eliminarla. Las dos figuras que pueden representar más claramente esta tendencia, Marx y Freud, tienen esta peculiaridad.

En los últimos tiempos del antiintelectualismo americano se ha extendido y exacerbado (Mac-Carthysmo es una de sus formas). A ello ha contribuido la guerra fría y ciertos casos de conducta desleal de intelectuales respecto a su patria. Los sociólogos creen que tal antiintelectualismo es el resultado de profundos cambios sociales y culturales. La especialización del saber ha hecho más grande la distancia social entre el intelectual y el resto de la comunidad. Esto de un lado. De otro, el carácter social de nuestra época hace que el no conformista sea considerado como peligroso para el grupo.

El miedo se ha difundido por toda América, y aquellos que viven de las ideas están sujetos más que nunca a ataques histéricos. Esto puede poner en peligro no sólo la vida intelectual, sino la misma civilización americana. — E. G. A.